

Madalena y José

Ernesto Campos Flores

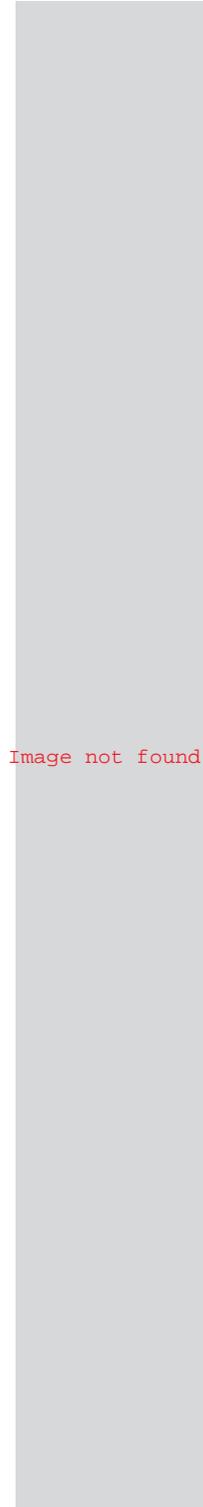


Image not found.

Capítulo 1

MADALENA Y JOSÉ

Los madeirenses están a tres días en barco de ser portugueses, bromea el Sr. José, mientras le escurre el sudor que la mandarria y el cincel le exprimen de cada poro. Una broma en el trabajo se puede permitir de vez en cuando, pero dos ya es pérdida irreparable de tiempo o el carácter le comienza a hervir y la voz a vociferar. En tanto que magulla pisos y paredes, moriría primero seco de inanición antes de que un sorbo de agua o una migaja de comida extraños lo hicieren confundir con lo que no es. Madalena, piensa, y un potente mandarriazo despedaza tres cuartos de pared aunque con sus puños podría causar el mismo efecto. Su brazo le reclama compasión, pero él ya se fijó una meta que el descanso no se atreve a interrumpir.

A los sesenta y uno no le gusta tener tiempo para soñar ni pensar en posibilidades, en el despojo, en lo que fue o en lo que pudo ser. Sin embargo recuerda que hace veinticuatro años culminaron dos de noviazgo y doce de matrimonio, teniendo según él mismo que lidiar durante sus últimos dieciséis de auténtica consciencia con el resultado de su indiferente juventud. Pero hace también veinticuatro años, sin entonces él saberlo, el sombrío puño y letra de su suegra le canjearon la vida. La desconcertante carta de Madalena le decía adiós por sorpresa y para siempre. Ella se había ido antes que él a Portugal, como ambos lo habían planificado.

Después de hacer el papel añicos sobre suelo venezolano, una mezcla paralizante de orgullo, temor y reproche no le dejó viajar por voluntad propia en pos de la verdad por muchos años. Mientras, la vida le ofreció aquí una salida a su enojo y a ella un nuevo comienzo allá en Portugal. Al tiempo, su responsabilidad de padre le diría que indagar o saber, igual ya no cambiaría nada.

Ocho años más se cumplieron de existencia, pero no de esa que dejó ir y que tal vez muy en el fondo no se atrevió a recuperar con rabo de paja. Fue entonces cuando, desposeyéndose fantasmagóricamente de la identidad de su hija, su suegra, el propio cuerpo emancipado de Madalena, y su nuevo pretendiente le exigieron al Sr. José de imprevisto, ella falsamente pero los otros no, el divorcio. Entonces a regañadientes él, con doble resignación por sus dos hijas, fue obligado por la progenitora de estas y su repentino título autoproclamado de futura esposa, a ejecutar aquel viaje que genuinamente desde los treinta y siete anhelaba.

Cuenta que Madalena lloraba desconsoladamente mientras veía las fotos de las que pudieron y debieron, a pesar de todo, ser sus hijas. Una vez recíprocamente ajusticiados el uno por el otro, el Sr. José debía regresar.

Llegó el día en que sobre el crujiente tablado de la vida, ambos actores tuvieron que simular una insensible despedida. El Sr. José, ahora veinticuatro horas más viejo y gastado, se encuentra solo en el andén del ferrocarril. Con veinticuatro minutos más de asfixia sobre sus hombros, casi moribundo, desde adentro se atreve a mirar el reflejo de su cara embalsamada en los ventanales de su vagón cuando éste comienza a andar. Es cuando por detrás de aquellos fríos cristales que le disocian el desvarío de lo que evidentemente desde ahora será siempre su mundo real y lo fastidian recalcándole su imagen, que la figura de su Madalena toma forma vívida sobre el andén del ferrocarril. Quiere arrojarse del vagón para desandar cien mil piedras hasta ella pero el casi último suspiro de vida que le queda le hace entrar en razón. La corrida de Madalena pareciese durar un siglo, pero el Sr. José se percata de que solo su imaginación podría prolongar así de tanto la simultánea caída de sus lágrimas. Los gritos de desesperación todavía se logran ver en los labios y pupilas de Madalena, aun cuando la distancia toma ya posesión de su alarido.

El Sr. José, Madalena sin querer, también le ha puesto por nombre varias veces a su segunda esposa. Sus mellizas han sido testigos del repetitivo error que todavía hoy él no puede evitar. Él dice que el infierno está aquí en la Tierra, que los ojos son para ver y que cuando Ud. apenas esté pensando en ir, hace ya rato que él estará de vuelta.

Evoca que hace bastante más de veinticuatro años Madalena lo abrazó y le dijo llorando que él no la quería, pero por aquel entonces el único padecimiento del Sr. José era su motocicleta de alta cilindrada. A menudo, hoy convertido en abuelo, sus ojos se cierran con fervor reafirmandose que al tiempo de su último respiro él finalmente estará con ella.

Caracas, 4 de enero de 2014